



El Palacio de la Moneda, rodeado por las tropas a raíz del golpe militar contra el Gobierno democrático de la Unidad Popular.

Chile, tres años

LAS CLASES MEDIAS Y EL "PUEBLO UNIDO"

A raíz del golpe contra el Gobierno de la Unidad Popular el 11 de septiembre de 1973, en Europa se vieron desfilar centenas de manifestaciones en las que se podía escuchar un grito de protesta importado de Chile: "El pueblo unido jamás será vencido". Pero este grito ha sido incorporado después en las luchas de la izquierda europea, sobre todo en Portugal y en España. Este grito me lleva cuatro años atrás a Santiago de Chile, y aún veo delante de mí una enorme manifestación, llamada la "Marcha de la democracia" por sus organizadores de la derecha chilena, que tuvo lugar el 12 de abril de 1972 y a la que asistieron más de 200.000 personas. Sels días después llegó la respuesta de la izquierda: la "Marcha de la Patria", en la que participaron unas 400.000 personas. Con esos dos actos para mí quedó claro que Chile estaba dividido en dos grandes campos. Ya las elecciones presidenciales de 1970 habían dado una primera indicación: en ellas, Allende obtiene el 36 por 100 de los votos, con el restante 64 por 100 para los candidatos del Partido Nacional y del Partido Demócrata Cristiano. En las elecciones municipales de abril de 1971, la Unidad Popular llega a sacar casi el

50 por 100 de los votos. En las cruciales elecciones parlamentarias de marzo de 1973, la coalición de la Unidad Popular obtendrá el 43 por 100 de los votos, la Confederación de la Democracia (CODE), que era la coalición de la derecha, el 54 por 100. Es interesante señalar que en las elecciones para los

derecha indican que el "pueblo" chileno no estuvo "unido" nunca para derrotar a la burguesía y fue doblemente vencido: en las urnas y en la calle, aunque sea triste admitirlo. Creo que en la izquierda se utiliza alegremente el concepto de "pueblo", metiendo en él a un 90 por 100 de la población del país y

Juan Anllo

cinco escaños de diputados del distrito de Santiago; la CODE obtuvo 808.000 votos (57,7 por 100, es decir más que su porcentaje nacional) y la UP 573.000 (41 por 100, es decir, menos que su porcentaje nacional). El gran triunfador de las elecciones en Santiago fue Eduardo Frei, con 390.000 votos, seguido de lejos por Volodia Teitelboim (de PC chileno) con 238.000 Carlos Altamirano (del PS) con 229.000 y Onofre Jarpa (del Partido Nacional) con 191.000. O sea, que en el centro de mayor concentración de población de Chile (un tercio de la total, aproximadamente) y de mayor concentración obrera como es Santiago, la derecha ganó con holgura a la izquierda. Estos 800.000 votos de Santiago y los dos millones del resto del país obtenidos por los candidatos de la

derecha indican que el "pueblo" chileno no estuvo "unido" nunca para derrotar a la burguesía y fue doblemente vencido: en las urnas y en la calle, aunque sea triste admitirlo. Creo que en la izquierda se utiliza alegremente el concepto de "pueblo", metiendo en él a un 90 por 100 de la población del país y

dejarlo el otro 10 por 100 para la burguesía explotadora y sus servidores. Y me parece que en Chile se cometió el mismo error, tanto en la izquierda como en la extrema izquierda, pensando que en un lado estarían la oligarquía agraria y la burguesía industrial y financiera, con el complemento de la alta clase media, y en el otro el "pueblo", formado por los obreros, los campesinos, los jornaleros del campo y la inmensa mayoría de la clase media.

Siempre resulta difícil cuantificar las clases de un país. En un ensayo de Anibal Pinto (1) se hace un intento de determinar los estratos sociales de la población activa chilena en 1968 (2.800.000 personas

—en 1970 era de 3,2 millones de personas, así que la composición social debió seguir siendo la misma en el último año del Gobierno demócrata cristiano al no haber habido cambios radicales en la sociedad chilena). Anibal Pinto distribuía así esos estratos sociales:

Grupo superior: 140.000 personas (5 por 100).

Grupo intermedio: 1.260.000 personas (45 por 100).

Grupo inferior: 1.400.000 personas (50 por 100).

Pinto matiza más esta división para llegar a una distribución más exacta del vasto grupo intermedio, que subdivide en tres capas: alta clase media (10 por 100), que, junto con el grupo superior, formaría el núcleo plutocrático, como él lo llama, que controlaba el poder económico y político del país; media clase media (15 por 100), y baja clase media (20 por 100). Pues bien: desde un punto de vista de la relación de fuerzas políticas que luchan por el poder, habría que colocar claramente en el bloque de la derecha al 30 por 100 de la población activa, y en la izquierda al 50 por 100, quedando en el centro, sin definirse políticamente, una masa formada por ese 20 por 100 de baja clase media. Esta baja clase media, por su misma indefinición

(1) A. Pinto, *Tres ensayos sobre Chile y América Latina*. Ed. Solar, Buenos Aires, 1971, págs. 136 a 143.

CHILE

política, no está ganada de entrada para el proyecto político de la izquierda, sino que se alía con quien le parece que está en condiciones de ganar la batalla final por el poder. Y esto no se aplica tan solo a Chile.

En Chile, las capas medias entran en el reparto del poder con el primer Alessandri en 1920. El período del Frente Popular chileno (1938-1948) les dará un gran peso político, y serán ellas, a través de su expresión política el Partido Radical, las que verdaderamente llevarán la dirección del Frente Popular. Gran número de miembros de las clases medias se incrustarán en el aparato burocrático del Estado (sobre todo a través de la Corporación de Fomento, creada en 1938, equiparable al INI español), penetración que seguirá en los períodos posteriores, sobre todo bajo el mandato de Frei al ganar éste las elecciones de 1964. La burguesía chilena ha sabido utilizar a las clases medias para contener las reivindicaciones de la clase obrera y de los campesinos del país a base de aceptar la participación de los sectores medios en el reparto de beneficios y en la dirección del aparato estatal. Y tanto la burguesía como las clases medias han sido lo bastante inteligentes como para aceptar ciertas reivindicaciones de la clase obrera y de los campesinos mientras no entraran en contradicción grave con las estructuras de la propiedad y del poder, y esas clases medias hasta las han apoyado en ocasiones para arrancar a la burguesía más concesiones. Los demócratas cristianos arrebataron esa función de contención de las reivindicaciones populares a los radicales cuando el desarrollo de las fuerzas de producción del país obligaba a introducir ciertos cambios más drásticos en la economía, y lo hicieron tan bien que el Partido Demócrata Cristiano llegó a penetrar en el medio rural, feudo del Partido Nacional durante años, y en lo que se llama las "capas marginales" (y que en realidad son masas de desempleados crónicos) de los centros urbanos. Para 1970, el programa de cambios del PDC estaba casi agotado, aparte de haber entrado objetivamente en contradicción con la burguesía chilena en sus zonas de influencia, especialmente en el campo (la Ley de Sindicalización y la Ley de Reforma Agraria del Gobierno de Frei crearon en las masas rurales un deseo de liberación económica y política que forzosamente tenía que chocar con el poder "cuasi" absoluto que el terrateniente chileno ejercía tradicionalmente) y en el de la educación. Cuando llegan las elecciones de 1970, el candidato demócrata cristiano, Tomic, se ve medio forzado a presentarse con

un programa de lenguaje radical y seudoizquierdizante, lo que no convence a la derecha tradicional chilena, que no olvida la reforma agraria iniciada, y luego abandonada, por Frei. Por eso, la derecha llega dividida a las urnas y triunfa el candidato de la Unidad Popular. Quizá esto haga creer que "todo" el pueblo está unido detrás de Allende. Pero el pueblo chileno también está dividido. Y la UP no pasará nunca del 50 por 100 de los votos. Llega casi a este porcentaje en las municipales de 1971, pero en las parlamentarias baja al 43 por 100 mientras que la derecha, que ya se unió para otras elecciones parciales anteriores, saca el 55 por 100. Y si en las parlamentarias la UP aumenta sus votos con respecto a las presidenciales de 1970, ese aumento viene de dos sectores: los votantes de más de dieciocho años y menos de veintuno, que votan por primera vez, lo mismo que los analfabetos, y el voto del campo. Campesinos y jóvenes dan muchos más votos a Allende, pero en las ciudades (particularmente en Santiago y Valparaíso) los votos de la UP incluso bajan. En 1973, la UP consigue el máximo de votos a que podía aspirar en los centros urbanos, su clientela electoral es eminentemente proletaria, mientras que en la derecha se concentra el voto de la burguesía y de las clases medias.

Este comportamiento electoral de los votantes de las clases medias es lógico. En 1971 y 1972, el Gobierno de Allende había llevado a cabo buena parte de su programa de cambios económicos: Ley de Reforma Agraria aplicada a tope, acabando con el latifundismo, y expropiación de los monopolios nacionales y extranjeros (gran minería del cobre, Banca, metalurgia, carbón, etcétera). Con el aumento de salarios y la subida del poder adquisitivo de la población de ingresos más bajos, los comerciantes e industriales medios hacen pingües beneficios, pero al mismo tiempo temen la aceleración del proceso de cambios. Las clases medias conocen el programa electoral de la UP, saben que en él se habla de llegar al socialismo, y esto se lo recuerdan con machacona insistencia la prensa, la radio y la televisión, controladas en su mayoría por la derecha. A su vez, el avance de las luchas obreras y la mayor combatividad de los campesinos, sobre todo a partir de la huelga de los camioneros en octubre de 1972, le inducían a pesar que su final como clase se acercaba a pasos agigantados. Como han apuntado muy bien Betty y James Petras, "a comienzos de 1972 se vio con claridad que precisamente esos estratos amorfos que los sociólogos denominan las clases medias no seguirían al socialismo, incluso aunque lo deseara la mayoría del electorado. Para ellos, el "socialismo" llegaban a tolerarlo a duras penas

mientras sólo afectara a los ricos extranjeros y a los ricos terratenientes. Pero a medida que los trabajadores empezaron a ocupar las fábricas de esos sectores y a tratar de nivelar los salarios y reducir las diferencias sociales; a medida que la pequeña burguesía fue viendo como la acción colectiva de los obreros destrozaba sus ilusorias esperanzas de llegar un día a ser capitanes de la industria o del comercio, aquéllos se volvieron vengativamente contra el Gobierno" (2).

En efecto, esas clases medias no eran tan tontas que se fueran a "autoinmolar" en el campo de la batalla por el socialismo en Chile. ¿Por qué iban a hacerlo si su ideología era de derechas y ya les venía impuesta como tales clases medias por la burguesía chilena? Los lemas de las clases medias chilenas son religión, patria, propiedad y familia, y los ven amenazados por la intensificación de las luchas sociales en las fábricas y en el campo. La burguesía chilena consigue boicotear el programa de la UP, con la ayuda del capitalismo estadounidense. Este boicot de la economía chilena está sobradamente explicado y no hace falta dar los datos. Pero sí hay que insistir en que el objetivo de la burguesía chilena y de su aliado externo era claro: empujar a las clases medias chilenas a la oposición abierta contra el Gobierno de Allende hasta hacerle asumir la cabeza visible de la contraofensiva de la derecha. Las huelgas de comerciantes, de camioneros, de profesionales, de sectores obreros y, sobre todo, administrativos de la minería del cobre tendrán esa finalidad. Incluso llegarán, en nombre de la "libertad de prensa", a defender al gran monopolio del

(2) Betty y James Petras, "Ballots into bullets", en *Revolution and Counter-Revolution in Chile*, Monthly Review Press, compil. por P. Swezey y H. Magdoff, 1974, página 145.



La Ley de sindicalización y la de reforma agraria del Gobierno del demócrata cristiano Frei crearon en las masas rurales un deseo de liberación económica y política que tenía que chocar con el tradicional poder cuasiabsoluto del terrateniente chileno.

papel que debía ser expropiado con arreglo al programa de la UP. La burguesía guarda aún suficientes reservas monetarias, y para ella el mercado negro no existe, mientras que desde mediados de 1972 la clase media chilena, y sobre todo sus capas inferiores, sí empieza a notar los efectos del mercado negro y de la escasez de ciertos productos básicos. A todo esto, el MIR y sectores amplios del Partido Socialista exigen una aceleración del programa de la UP y de la transición al socialismo, por ejemplo, que se baje a 40 hectáreas de riego básico, en vez de 80, el límite de no expropiación de tierras. Con todo esto, la clase media propietaria toma miedo, se ve ya expropiada de su comercio, de su pequeña empresa, o de su gabinete profesional, y se vuelca enteramente del lado de la burguesía. Hablarle a los miembros de las clases medias de que en realidad se están proletarianizando, o de que son explotadas por los grandes monopolios, no hace mella en su ideología de personas que aspiran a formar un día parte de la clase alta y a ser admitidas por ella. Mattelart ha explicado muy bien en un artículo cómo la burguesía chilena ha sabido formar un frente de masas compuesto de las clases medias para lanzar su ofensiva contra la Unidad Popular (Cfr. "La bourgeoisie à l'école de Lenine", en *Politique Aujourd'hui*, número de enero-febrero de 1974, páginas 23 a 46). Para esa ofensiva se apoyaría en los gremios de propietarios y profesionales. Mattelart calcula que entre el 60 por 100 y el 75 por 100 de los profesionales chilenos estaban en contra del Gobierno de Allende. En el cuerpo de profesores y estudiantes se dio un fenómeno similar. Petras señala que más del 90 por 100 de los estudiantes chilenos proceden de las clases medias y que fueron ellos quienes proporcionaron los efectivos para las manifestaciones en las calles de Santiago y los que nutrieron las filas de los grupos de la extrema derecha como Patria y Libertad y los comandos "Rolando Matos". Cuando hubo que elegir al rector de la Universidad de Chile, el 75 por 100 de los profesores y más del 50 por 100 de los alumnos eligieron a un candidato demócrata cristiano frente al de la Unidad Popular. Tampoco hay que olvidar los vínculos entre el cuerpo de oficiales militares chilenos y las clases medias: según un estudio hecho hace unos ocho años, el 65 por ciento procedían de esas clases.

Llegamos así al propósito de estas cuartillas, que es impugnar la supuesta veracidad objetiva y política de la consigna "El pueblo unido jamás será vencido". Gritar esto es autointoxicarse, es cegarse a la realidad de las clases sociales y de sus intereses contrapuestos. "Pueblo" es algo más que los obreros y los campesinos; son también las capas medias y bajas de la clase

media, es la pequeña burguesía, incluso aunque ganen unos ingresos inferiores a los obreros especializados de las industrias y los servicios, y esas capas no se ganan fácilmente para un proyecto socialista. Fue, sobre todo, el PC chileno, apoyado por sectores del Partido Socialista y por otros grupos, el que intentó atraerse a esas capas. En cambio, la izquierda del PS, el MAPU y el MIR querían avanzar sin transigir (léase con los sectores medios representados en el Partido Demócrata Cristiano). La táctica del PC (consolidar para avanzar) significaba frenar la aplicación del programa del Gobierno de la UP, pero la lucha de clases en 1972, sobre todo después de la huelga de los camioneros y comerciantes de octubre de ese año, ya estaba demasiado polarizada como para convencer a las clases medias que abandonarían el campo de la derecha oligárquica y aceptarían un pacto con la UP. Para entonces Frei y su grupo habían retomado la dirección del PDC y no querían ningún pacto. Su táctica consistía en ganar tiempo accediendo a celebrar conversaciones con la UP sin que en ellas estuvieran dispuestos a conceder nada.

Ahora bien, este afán por atraerse los sectores medios tenía graves inconvenientes. Como ha señalado alguien, para la UP esas capas eran aliados tácticos, y no podían ser otra cosa. En cambio, la burguesía chilena planteó su conquista en términos estratégicos e ideológicos: si la UP ganaba, les decía a esas capas, la propiedad desaparecería de Chile y vendría el comunismo con todos sus horrores. "Chile nunca será el mismo", es la frase repetida en los hogares de las clases medias. En cambio la UP se cree obligada a dar garantías, cuando no podía ni debía darlas, de que los intereses de esas clases no resultarían afectados. Pero "mientras más lejos iba en sus ofrecimientos, el Gobierno se autolimitaba colocando obstáculos reales a la opción revolucionaria que se había planteado, puesto que, mientras mayores garantías acordaba a los sectores de la pequeña burguesía (especialmente comercial), más difícil le resultaría la aplicación de medidas económicas concordantes con su proyecto político... Aún más grave era el hecho de que por el énfasis puesto en la "conquista de los sectores medios", la clase obrera aparecía como secundaria en el proceso que se vivía, siendo que era (como clase) la verdadera base de sustentación del Gobierno popular" (3).

En cambio, la otra táctica, avanzar sin transigir, suponía atacar de frente a la burguesía y a sus aliados de las clases medias para destruir de una vez su poder político y eco-



Decirles a los obreros y los campesinos que la clase media va a aliarse con ellos para ayudarles a construir el socialismo es un grave error. En la fotografía, Allende durante la visita a una fábrica.

nómico y avanzar más en la aplicación del programa de la UP. Quizá esto se pudo hacer a raíz de las elecciones municipales de 1971, cuando la derecha estaba a la defensiva, para lo cual Allende debió haber disuelto el Parlamento y convocar un referéndum para la instauración de una única Asamblea, como por otro lado se establecía en el programa electoral de la UP. En aquellas fechas, la economía chilena marchaba bien, la pequeña burguesía comerciante e industrial hacía buenos beneficios y es posible que se hubiese quebrado la cohesión de las Fuerzas Armadas. No se quiso hacer eso, y a finales de 1972 la táctica de avanzar sin transigir sólo podía ya tener éxito con dos condiciones: 1) la neutralidad del ejército, de no conseguir dividirlo; y 2) la movilización y preparación de los obreros y campesinos para el enfrentamiento armado. Ninguna de las dos se daba entonces, ni siquiera más tarde al fracasar el "tancazo" de junio de 1973. Ahora se sabe por boca de Pinochet que los tres cuerpos armados llevaban preparando el golpe hacía más de un año. ¿De haber seguido Prats a la cabeza del Ejército, se habrían dividido los militares en dos bandos, lo que unido a la movilización obrera en los cordones y los comandos comunales quizá habría hecho cambiar la relación de fuerzas? Esto es pura conjetura, aunque muchos pensaron que Prats había salido bien del episodio del "tancazo", que no fue un golpe, sino tan solo un ensayo para saber dónde estaba cada oficial políticamente. Y de la preparación de los trabajadores para un enfrentamiento armado más vale no hablar. No se preparó ni se hizo nada, tal vez porque era imposible, y si se hubiese intentado, el Ejército habría dado el golpe antes.

Resumiendo: a la clase media no se la puede ganar o convencer para un proyecto socialista, a menos que se la derrote como tal clase. Si se pretende ganarla para esa causa dándole garantías de que se protegerán sus derechos de propiedad o sus fuentes de beneficio individual contra toda expropiación o

estatización, entonces habrá que abandonar la idea de aplicar el programa de avance hacia el socialismo y la izquierda se verá atada de pies y manos. Por el contrario, esa clase media, azuzada por la burguesía expropiada, cobrará fuerzas y exigirá garantías cada vez más difíciles de dar frente a la presión de las masas obreras y campesinas. Y de pacto en pacto se llega al abandono del programa original y a la desmovilización y desilusión de los trabajadores, aparte de la enorme responsabilidad de los partidos de izquierda de arrastrar a la clase obrera a una política de cambios sociales y económicos antesala del socialismo, que, si falla, terminará con la derrota sangrienta de los trabajadores, a pesar de toda su generosidad y toda su ilusión, haciéndoles creer que tienen el apoyo de las clases medias y que "todo el pueblo" está detrás de aquellos cambios.

Decirles a los obreros y los campesinos que la clase media va a aliarse con ellos para ayudarles a construir el socialismo, es un grave error. Habrá, como los hubo en Chile, sectores de esa clase (intelectuales, estudiantes, funcionarios, empleados de los servicios, y hasta algunos propietarios pequeños) que se unirán a la izquierda (en el Partido Radical, en el MAPU y en la Izquierda Cristiana dominaban esos sectores, y lo mismo en el MIR, aparte de constituir fracciones del Partido Socialista), y habrá que ver si no lo hacen por oportunismo y por ambición política en muchos casos, como ha tenido que pasar con esa inflación de nuevos militantes del Partido Socialista chileno que esperaban así sacar tajada de esa misma militancia en el partido del Presidente. Pero en su gran mayoría, la clase media se mantendrá indecisa, hasta aparentemente neutral, en una primera fase mientras sus intereses no resulten directamente afectados por el proceso de cambios y mientras vea a la burguesía retroceder, pero en cuanto observe que ésta se repone y pasa al ataque con posibilidades de vencer, entonces se volcará de su lado sin ninguna vacilación y

hasta proporcionará las tropas para la ofensiva de la burguesía.

Es posible que se logre convencer a la clase media para que apoye un proyecto político democrático, sobre todo si se trata de sustituir con él un régimen dictatorial caduco e inservible. Así ha ocurrido en Portugal, y ya vemos dónde está ahora la clase media portuguesa. Esa clase media estaba dispuesta a sustituir el salazarismo por un régimen democrático de tipo europeo occidental, pero no por un proyecto socialista, ni siquiera durante la fase de transición, y por eso ha votado como ha votado en las elecciones de este año. En 1974 y 1975 se escuchó también en Portugal gritar "O povo unido jamais será vencido" en las manifestaciones de la izquierda. Pero el pueblo portugués estaba y está dividido. Sus clases medias no quieren el socialismo, ni siquiera el aguado de Soares. Aceptarán a lo sumo algunas nacionalizaciones, y quizá un cierto capitalismo de Estado, pero por otro lado se oponen a la reforma agraria y a la participación obrera en la dirección de las empresas. En el Norte de Portugal, región de pequeños agricultores, empresarios y comerciantes, es donde la oposición a los cambios sociales y económicos ha sido más fuerte y donde el PPD y el CDS han recogido más votos. La experiencia chilena en lo que respecta al comportamiento político de las clases medias vale para Portugal, y conste que en este último país no se ha llegado ni por asomos al proceso de cambios y de radicalización a que se llegó en Chile bajo la Unidad Popular, y vale desde luego para otros países donde las clases medias son numerosas.

La conclusión me parece clara: las clases medias pueden ser un aliado táctico para un proyecto de reformas sociopolíticas que no afecten al derecho de propiedad, a las bases económicas en que se apoya el poder político de esas clases; no serán nunca un aliado, ni siquiera táctico, para un proyecto de reformas que lleven al socialismo, puesto que irá en contra de la ideología de esas clases basada en tres principios: la propiedad, la movilidad y la ascensión social, como ha señalado Petras. Solamente si ven que la burguesía ha perdido irrevocablemente la batalla, podrán bajar la cabeza y aceptar lo que los partidos de la izquierda le ofrezcan, y aun así, eliminando ya el poder económico y político de la burguesía, y con los trabajadores en el poder, seguirán resistiéndose a las transformaciones que harán de la sociedad capitalista una sociedad socialista. Más vale luchar por ésta sin esperar el muy dudoso apoyo de las clases medias y contar con las propias fuerzas; así no se podrá achacar luego la culpa de un fracaso a una desertión de esas clases, que habrán dejado en la estacada al "pueblo". ■ J. A.

(3) C. Uebet, "Octubre de 1972: el fascismo en ascenso", en *El golpe de estado en Chile*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1975, pág. 109.